

Don Jesús, un hermano mayor

Javier de Pedro. Hongkong

Sospecho que hablar de don Jesús con el título don delante de su nombre está hoy en España fuera de lugar, pero tal era el trato normal entre los hombres de mi generación al referirse a un caballero, y don Jesús lo era.

Llevo cuarenta y seis años en Asia y mis contactos con mi país natal se reducen a un mínimo: prácticamente, a recortes de periódico que una hermana mía, lista y casi de mi edad, me envía desde San Sebastián. He de decir que sólo muy de cuando en cuando se asoman a esa páginas figuras que reflejen la imagen, normal que fue en mi tierra vasca, de hombres libres, nobles y respetuosos con el prójimo.

Arellano lo fue y por eso todo el mundo le llamaba don Jesús. Para la mayoría de los universitarios que lo trataron fue ante todo un maestro en el sentido clásico de la palabra, como Confucio o Sócrates lo fueron. Para algunos —ya deben quedar pocos—, fue un colega; para mí, un hermano mayor.

Andaba yo por los veintiséis años, llevaba ya un puñado de años en el *Opus Dei*, me había graduado de Ingeniero Industrial en Barcelona un par de años antes y andaba estrenando la vida profesional. Durante casi una década había estado metido hasta las cejas en ambientes obreros, de los que los últimos cinco años los había gastado intentando ayudar a hacerse hombres como Dios manda a grupos de “chavas” de los barrios extremos de Barcelona, llenos de vitalidad pero abandonados como ovejas sin pastor. A uno de ellos, una gran persona, su padre le había “bautizado” Lenin.

A pesar de mi preocupación seria por la clase obrera, que venía de los años del racionamiento, de la tuberculosis rampante, de los salarios de 14,50 pesetas, del estraperlo, etc., yo había sido siempre un producto de colegios mayores, un

universitario típico. Así que cuando un día me preguntaron si estaría dispuesto a dejar todo aquello e irme a Sevilla a hacerme cargo de la dirección del Colegio Mayor Guadaira, que se había quedado descabezado, no lo dudé un minuto.

Cogí el tren y me planté en Canalejas 8, Sevilla. Me recibió don Jesús en la cancela con los brazos abiertos. Debía ser ocho o nueve años mayor que yo, y desde el primer momento se convirtió en mi hermano mayor; porque un hombre que estrena una andadura nueva, necesita un hermano mayor que le abra el camino y le eche una mano cuando haga falta.

Vivía don Jesús por aquel entonces con Vicente Rodríguez Casado y otra gente, en la Residencia del Investigadores del Consejo aneja a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos situada en la calle Alfonso XII, a diez minutos de camino de Guadaira. Durante unos años había sido el Director del Colegio Mayor y se conocía al dedillo los trucos de los residentes por los que sentía una genuina y profunda simpatía.

ANDALUCÍA

Desde el primer momento se hizo cargo de que un vasco, ingeniero y recreado en Barcelona, necesitaba un baño de inmersión total en esa realidad de gracia que es Sevilla, y consiguió que lo tuviera. Me presentó a gente a la que probablemente nunca hubiera conocido, con la que tuve luego una gran amistad y que me trataron con el mismo señorío sin distancias con que trataban al Profesor. Me llevó un día —pienso— a casa del Marqués de Paradas a escuchar a un desgarrado *cantaor* de flamenco acompañado de un extraordinario guitarrista y ese día descubrí por vez primera como el fondo del alma se hace música. Me llevó a Jerez a penetrar en los misterios del vino llevado de la mano experta de Fernando Carrasco, un inolvidable jerezano de pura cepa.

Don Jesús no explicaba: ayudaba a descubrir. Una noche de la Semana Santa me lo encontré al filo de madrugada a la entrada de la Virgen del Museo, en aquel momento largamente esperado en que un rayo de luna le besaba la frente a la Señora a través de la copa de una palmera. Todavía hombre del Norte, le pregunté si lo hacían así solamente para hacer bonito y me dijo: “Javier, es la oración de los sentidos, de la belleza que honra al Señor y a su Madre.”

Me introdujo en el alma de Sevilla; me hizo ver la importancia de la guasa, de ese “me he *queao* contigo” que no hiera pero provoca una sonrisa; de la conversación sin otro objeto que la amistosa comunicación misma. Del chaval de pueblo, que te dice que aquella casa blanca está *mu* bonita con su rayita de ocre: toda una teoría estética aprendida en la calle, heredada de nadie sabe quién. Viejos palacios pegados a las casas humildes —pero bellas— de los menestrales. En Sevilla el barroco estaba vivo: luz, color, movimiento.

GUADAIRA

El edificio del Mayor era —porque se lo llevó patas alante el desarrollo— toda una casa noble de familia que había diseñado don Aníbal González en ladrillo visto y tallado. Tenía unas rejas forjadas asombrosas, una escalera protegida por un alicatado alto, pintado a mano con escenas de Tannhäuser, y una vidriera emplomada con la leyenda de los antiguos propietarios que era ya de por sí una lección de ética senequista: “*Beatificamus eos qui sustinuerunt*”. A veces me pregunto si Sevilla será así todavía o se la habrá llevado para siempre la riada del Tarmarguillo. Hacerme cargo de tanta maravilla era lo que Jesús consiguió hacerme ver sin conferencias que, por cierto, hubieran estado de más...

El techo del salón de Guadaira estaba guarnecido por un artesonado magnífico y su suelo de mármol blanco cubierto con una alfombra de nudos, que al comienzo de cada verano se enviaba a un almacén que estaba, creo recordar, en

Espartinas. Y en su pared colgaba un buen retrato, no sé de quién, que para un hombre del Norte, fue otro descubrimiento. Y don Jesús me dijo simplemente: “Es del Museo, lo tenemos prestado.” En el patio había un fuentecilla de cerámica con un insignificante surtidor y peces de colores: y sentado en su poyo se pasaba horas Rafael Gómez Pérez mirándolos y diciendo para sí: “*E’to de lo pese e un misterio; beben y beben y nunca se ahogan.*”

Al otro lado estaba el Oratorio con un cuadro de la Virgen de los Reyes pintado por Manolo Caballero; y en el comedor había un mural igualmente pintado por Manolo, una de cuyas figuras representaba un caballero renacentista, motivo eterno de animadas discusiones entre los residentes, que nunca se ponían de acuerdo si iba o estaba de vuelta.

Me he extendido hablando de Guadaira porque don Jesús y Guadaira, fueron para mí la misma cosa; porque el navarro había puesto su corazón en Andalucía y me enseñó a entenderla y a quererla, más aún me llevó de la mano en el aprendizaje de conocer, confiar y querer a la gente joven. Aprendí de él que había que saber esperar, en el sentido de dejar pasar el tiempo y mantener abierta la esperanza: que dentro de cada corazón joven existía un tesoro imposible de medir.

Cómo le divertían sus inocentes trastadas de su pura juventud. Me contaba que él había vivido en la misma habitación que yo ocupaba, y que durante todo un primer trimestre no había conseguido pegar ojo hasta las primeras horas de la mañana. Justo encima de su cuarto había una leonera, una habitación de cuatro residentes, que armaban cada noche una infernal algarabía. El se echaba el batín encima del pijama y subía sonriente al segundo piso: en una residencia —me decía— no puede uno enfadarse y hay que acostumbrarse a no dormir. Se excusaban con caras de buenos chicos, pero en cuanto retornaba a su cuarto comenzaba de nuevo la tormenta. Y así hasta que por fin ponía cara de Director y los residentes se excusaban con vehemencia y le rogaban al salir: “Don Jesús, ¿le importaría apagar la luz?” Y don Jesús se iba y los chicos se calmaban. Así día tras día. Hasta que decidió investigar el misterio a fondo, y resultó que habían

establecido un compromiso entre los cuatro de que el último en acostarse tendría que apagar la luz, y como nunca se ponían de acuerdo al filo de la mañana acababan diciendo: “Que la apague el Director”.

Cuando alguno dejaba caer al suelo una colilla, don Jesús le acercaba un cenicero rápida pero infructuosamente, mientras que le decía en broma: “Esta vez casi lo has conseguido”. Educaba de modo amable y divertido, y los chicos se lo agradecían.

Muchos años más tarde el Director de la nueva Guadaira en la Palmera, me contó que tiempo atrás había llamado a la puerta de la Residencia preguntando por el Director un matrimonio ya de edad. Él se presentó como antiguo residente y le pidió permiso para visitar el Oratorio y la Sala de estar: el Director les acompañó encantado y les preguntó luego si deseaban ver alguna otra parte de la nueva casa: el salón de actos, la sala de estudio, la biblioteca, la piscina; y le contestaron que muchas gracias, pero que no hacía falta. El marido explicó que venían de lejos y que en el coche había discutido con su mujer, él asegurando que en el antiguo Guadaira no se veían colillas por los suelos y ella contestando que no se lo creía: venían simplemente a comprobarlo.

PEDAGOGÍA JUVENIL

Me alertó que al llegar la primavera, cuando los naranjos se vestían de azahar, y los exámenes quedaban todavía lejos, los chicos sufrían astenia primaveral, y que había que dejarles que rompieran las reglas del juego, naturalmente bajo la discreta vigilancia del decano: irse de ronda al barrio de Santa Cruz hasta las tantas, organizar carreras de bajar las escaleras con el pompis pegado sobre el mármol, o partidos de globo de todos contra todos, habiendo, eso sí, arrimado previamente el mobiliario fuera del alcance de los jugadores. Los de Medicina

eran todavía más audaces y organizaban en la azotea sesiones de disección de un cochinillo que luego naturalmente se zampaban.

Pero, junto a eso, se estudiaba mucho, y la Residencia atraía a un buen número de los mejores estudiantes de la Universidad: la lista se haría interminable y todavía, en algunos de esos recortes de periódico que me envía mi hermana, aparecen algunos de sus nombres.

Cada tarde, después de la merienda, don Jesús se sentaba en una butaquita del saloncillo verde y los estudiantes se apelotonaban a su alrededor a hablar con él. ¿De qué? De lo que les diera la gana: de la génesis de un poema; de la libertad; de la mentira del marxismo; de la biología histórica; del futuro del proletariado. Hablaba, preguntaba y escuchaba atentamente, porque le interesaba de verdad lo que pensaban los estudiantes.

CONOCER PARA QUERER

Además de sus clases de Filosofía, don Jesús explicaba *Psicología Evolutiva* en la Facultad de Medicina. A mí me interesaba el tema y le pedía que me aclarara muchos puntos que aún no tenía del todo claros, cosa que hacía con verdadero gusto. Hablábamos de la niñez, de aquello que “los Reyes Magos son verdad”; de la adolescencia, de verdaderos y falsos líderes, de una amistad que aún no lo es del todo porque lo que aglutina es crear un mundo distinto del de los adultos, del descubrimiento de la libertad, del mundo femenino y del sexo; le interesaba enormemente la crisis, poco estudiada, del proyecto vital: Dios, el trabajo y el amor humano; explicaba que, a partir de cierta edad, la formación de los hombres jóvenes tenía que realizarse en un marco de acción autónoma: necesitan, para madurar pulsar su capacidad de actuar responsablemente y hablaba del movimiento alemán de la Juventud, en el que anduvieron comprometidos hombres

como Romano Guardini, movimiento que Hitler había sofocado, porque los tiranos no quieren hombres libres y responsables. Temas eternos.

SENTIDO SOCIAL Y AMOR A LA LIBERTAD

Yo le hablaba también de mi preocupación por el proletariado, y él me decía que en su opinión los cristianos habíamos reaccionado con retraso tanto al advenimiento de la burguesía como al del proletariado. El proyecto generoso de San José de Calasanz había sido abortado por afán de monopolio y pequeñez de espíritu, y pensaba, y yo estaba de acuerdo, que estábamos perdiendo el tren de las nuevas fuerzas de la historia. Intuía que la burguesía que había dejado una marca en la historia de los siglos precedentes, era tan solo la punta del iceberg de una transformación profunda de la historia humana y que el futuro era de todos, no sólo de unos pocos.

Sin complejos marxistas, veía claramente que había algo biológico en la historia, porque el conocimiento, la tecnología, la belleza, el poder e incluso la riqueza eran acumulables y transferibles, y su acceso estaba abierto a todos. Pero ello no garantizaba un mundo mejor, porque el resultado final dependía de las opciones morales que los hombres hicieran sobre esas nuevas potencialidades. Un niño tiene que crecer, su mamá no puede retenerle como eterno Peter Pan, pero ese hombre en que se ha de transformar, de voz profunda, fuertes músculos y amplios conocimientos, será como persona, ¿bueno o malo? Todo dependerá de la formación que reciba y del uso que haga de su libertad de hombre maduro.

Y don Jesús hablaba de la necesidad de crear en los cristianos esa tensión de espíritu que les lleve a anticipar el protagonismo del proletariado, y ayudar a sus hombres a crecer como personas libres, creativas, responsables, solidarias y cristianas.

Sentía el Profe pasión por la libertad, porque creía firmemente que sólo la acción libre es verdaderamente humana y virtuosa. Recuerdo su indignación el día en que las fuerzas soviéticas invadieron Hungría, y el Occidente, liberal y democrático, se limitó a mirar los toros desde la barrera y a devolver a los Soviets a los que huyendo de la quema habían conseguido cruzar la frontera austríaca. Se pasó días yendo de un sitio para otro, de la Universidad a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, la Sociedad de Amigos del País, el Círculo Mercantil etc. hablando con palabras de fuego a cualquiera que quisiera escucharle.

Ese amor por la libertad surgía del centro de su alma, y se manifestaba en los detalles más insignificantes. Cuantas veces le pedí consejo, nunca respondió con un “haz esto o lo otro”: abría delante de mis ojos un panorama amplio de posibilidades y me animaba a decidir por cuenta propia; así día tras día, a pesar de su abundante experiencia y de la lucidez de su criterio propio.

Más allá de mi experiencia personal, me enriquecían las referencias de terceros que me llegaban acerca de su comportamiento diario. Me acuerdo de un alumno de Filosofía a quién había examinado sentado en un velador del Parque de María Luisa, mientras se tomaban una cerveza. Hablaron por horas, y al final le dijo: “Has entendido muy bien los principales problemas que hemos visto en clase, pero hay un área que no la tienes suficientemente clara: léete esto y, cuando estés preparado, llámame y concluimos el examen”.

El amor a la libertad personal y la búsqueda honesta de la verdad fueron el fulcro de su estilo pedagógico, que comprendí a fondo sin haber sido nunca su discípulo, porque para él educar no era una tarea sino un estilo de vida.

Le pregunté un día por las lecturas obligatorias de sus alumnos, que supongo eran de primero de carrera y me contestó algo así como que “Antes de nada, necesitan empaparse del modo cómo los importantes pensadores del pasado se enfrentaron con los grandes problemas filosóficos, por eso les pido que lean a Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant y Hegel, y quizás, Heidegger. El resto vendrá luego... Estos clásicos, ya estuvieran equivocados, ya en lo

cierto, fueron grandes buscadores de la verdad". Por el contrario, don Jesús no quería ni oír hablar del Marxismo, que conocía a fondo, porque estaba convencido que encerraba una falsedad radical e irremediable.

ESTRENANDO MADUREZ

Más de una vez me habló de su preocupación por la transición de la vida universitaria a la profesional de los hombres jóvenes, nobles y bien dotados. Algunos, que por vez primera se encontraban sin responsabilidades, con libertad y con dinero, corrían el riesgo de perderse. Otros llamados vocacionalmente al quehacer humanístico, a proporcionar contenido intelectual a las personas y a la realidad social, caían en el pesimismo frente a las dificultades que les deparaba la realidad de mantener una familia que tenía que comer tres veces al día. Para los primeros, buscó avenidas a través de las que pudieran canalizar sus energías juveniles, tareas de solidaridad social, empresas creativas que les ayudaran a madurar en su entrega personal al bien común.

Me dijo en una ocasión que, dado que el aspecto más importante de la formación del hombre es aprender a amar, a darse, la misión fundamental de los padres desde la niñez consistía en enseñar a sus hijos a dar. Le pregunté que a qué edad se debía comenzar, y me respondió que tan pronto como los niños fueran capaces de dar algo. Por eso había que esforzarse en ayudar a luchar contra el egoísmo que acecha a los profesionales jóvenes entusiasmándoles por ideales de servicio.

En cuanto a los segundos, dentro de sus limitaciones personales, se esforzó en sacar adelante un centro —en realidad un modesto apartamento, primero en Los Remedios, después en la Avenida de la Estación, cuyo nombre he olvidado— donde proporcionaba empleos a intelectuales empeñados en avanzar en sus tesis doctorales o en sus oposiciones: clasificación bibliográfica, preparación de bibliotecas especializadas, asesoramiento psicotécnico y tareas semejantes. En la me-

dida de sus posibilidades nunca permitió que se perdiera nadie que tuviera vocación y capacidad para el quehacer intelectual.

Estuve también metido con él en otras muchas cosas y por él me sentí animado — suavemente empujado, diría— a lanzarme a cualquier noble aventura que cruzara por mi cabeza, por mas descabellada que pudiera parecer.

Porque don Jesús confiaba en las personas y en todo lo que fuera humanamente limpio, libre y creador. No volví a verle en muchos, muchos años, aunque de vez en cuando nos cruzamos unas letras, pero conservé siempre en mi memoria la imagen agradecida del hermano mayor bueno. Espero poder darle un fuerte abrazo en la Casa del Padre.